

Guy de Maupassant

Bajo el sol

Argelia 1881: de Argel al Sáhara



«Me gustan con locura las excursiones a un mundo que creemos descubrir, las sorpresas súbitas ante costumbres que ni siquiera podíamos sospechar, la constante tensión del interés, la alegría para los ojos, ese estímulo constante del pensamiento. Pero hay una cosa, sólo una, que me arruina esas exploraciones encantadoras: la lectura de guías de viaje».

Todos aquellos a quienes las guías al uso los hastían, y busquen en el viaje algo más que un simple desplazamiento con cambio de decorado, disfrutarán la lectura del viaje de Maupassant a Argelia. Más que describir los paisajes o los lugares visitados, el escritor francés da testimonio de la perplejidad que le produce el encuentro con un mundo, unas costumbres y unas gentes del todo diferentes (y que no siempre consigue comprender). Maupassant convive con las tribus nómadas en el desierto del Sáhara y descubre los devastadores efectos del sol en esa parte del mundo, la verdadera soledad de unos hombres que a fuerza de resistir a un medio tan hostil se han convertido en casi indestructibles; se cuela en un prostíbulo, el único lugar donde los hombres pueden contemplar a las mujeres; acompaña a una misión militar en busca de pozos de agua por territorios que en los mapas son sólo espacios sin accidentes, desconocidos, inexplorados...

Y así, aprovechando cualquier pretexto para compartir la rutina de los habitantes nativos y de los adoptivos sus compatriotas, el autor nos muestra la complejidad de un país que abarca un vasto territorio lleno de contrastes, desde las grandes extensiones desérticas del Sáhara, hasta la fértil y poblada llanura de la Mitidja, las zonas montañosas en la región de Cabilia, o los frondosos vergeles del valle de Bu-Saada. Y en cada nueva región lo asombran sus habitantes, unas veces sólo las hienas, los escorpiones o los resistentes camellos, y otras los douars, los trafis, los mozabites, los ju-

díos o los propios colonos franceses, derrotados una y otra vez a causa de su ceguera y obstinación.

Este volumen de viajes se completa con distintos artículos.

A Pol Arnault

La vida tan breve, tan larga, a veces resulta insoportable. Transcurre monótona, con la muerte al final. No es posible detenerla, ni cambiarla, ni comprenderla. Y a menudo nos subleva la indignación ante la impotencia de nuestros esfuerzos. Hagamos lo que hagamos morimos. Creamos lo que creamos, pensemos lo que pensemos, intentemos lo que intentemos, morimos. Y nos parece que vamos a morir mañana sin conocer nada aún, aunque asqueados de todo lo que ya conocemos. Entonces nos sentimos abrumados por el sentimiento de la «eterna miseria de todo», de la impotencia humana y de la monotonía de las acciones.

Nos despertamos, andamos, nos acodamos en nuestras ventanas. Enfrente unos almuerzan, como almorzaron ayer, como almorzarán mañana: el padre, la madre, cuatro niños. Hace tres años la abuela aún vivía con ellos. Ya no está. El padre ha cambiado mucho desde que somos vecinos. No se da cuenta; parece contento; parece feliz. ¡Qué imbécil!

Hablan de un matrimonio, después de un fallecimiento, después de lo tierno que está su pollo, después de que su criada no es honesta. Les inquietan mil cosas inútiles y tontas. ¡Qué imbéciles!

Ver su apartamento, en el que viven desde hace dieciocho años, me asquea y me indigna. ¡Eso es la vida! Cuatro paredes, dos puertas, una ventana, una cama, sillas, una mesa, eso es todo. ¡Una cárcel, una cárcel! Cualquier lugar donde habitamos mucho tiempo se convierte en una cárcel. ¡Oh, huir, partir! Huir de los lugares conocidos, de los hombres, de los mismos movimientos a las mismas horas y, sobre todo, de los mismos pensamientos.

Cuando estamos hastiados, hastiados hasta el punto de llorar de la mañana a la noche, hastiados hasta el punto de no tener fuerzas para levantarnos a beber un vaso de agua, hastiados de los rostros amigos que acaban resultándonos irritantes a fuerza de verlos demasiado a menudo, de los vecinos odiosos y de los amables, de las cosas familiares y monótonas, de nuestra casa, de nuestra calle, de nuestra criada que viene a decirnos: «¿qué desea el señor para cenar?», y que se marcha dejando ver a cada paso, con un inundo talonazo, el borde deshilachado de su falda sucia, hastiados de nuestro perro tan fiel, de las manchas inmutables de las colgaduras, de la regularidad de las comidas, de dormir en la misma cama, de cada una de las acciones repetidas cada día, hastiados de nosotros mismos, de nuestra propia voz, de las cosas que repetimos sin parar, del estrecho círculo de nuestras ideas, hastiados de nuestro rostro en el espejo, de la cara que ponemos al afeitarnos, al peinarnos, hay que partir, adentrarse en una vida nueva y cambiante.

El viaje es una especie de puerta por donde se sale de la realidad conocida para penetrar en una realidad inexplorada que parece un sueño.

¡Una estación! ¡Un puerto! ¡Un tren que silba y escupe su primer chorro de vapor! ¡Un gran buque que pasa por los espigones lentamente, pero cuyo vientre jadea de impaciencia y que desaparecerá en el horizonte, rumbo a países nuevos! ¿Quién puede observar todo esto sin estremecerse de envidia, sin sentir despertar en su alma el ansia de largos viajes?

Siempre soñamos con un país predilecto, para unos es Suecia, para otros la India; para el de más acá es Grecia y para el de más allá Japón. Yo me sentía atraído por África con una necesidad imperiosa, con una nostalgia del desierto ignorado, como si se tratase del presentimiento de una pasión por nacer.

Salí de París el 6 de julio de 1881. Quería ver aquella tierra de sol y de arena en pleno verano, bajo el pesado calor, bajo la cegadora furia de la luz. Todo el mundo conoce los magníficos versos del gran poeta Leconte de Lisle:

Mediodía, rey de los veranos,
extendido sobre el llano,
Cae, en capas de plata,
de las alturas del cielo azul.
Todo queda en silencio.
El aire arde y abrasa sin aliento;
La tierra está adormecida en su vestido de fuego.

Es el mediodía del desierto, el mediodía esparcido por el mar de arena inmóvil e ilimitada, el que me ha hecho abandonar las orillas florecidas del Sena a las que canta la señora Deshoulières, y los frescos baños de la mañana, y la sombra verde de los bosques, para atravesar las soledades ardientes.

Otra razón daba a Argelia un atractivo particular. El escurridizo Bouamama dirigía aquella campaña fantástica que llevó a decir, escribir y cometer tantas tonterías. Se afirmaba también que la población musulmana preparaba una insurrección general, que iba a emprender una última tentativa, y que tan pronto como terminara el ramadán estallaría la guerra por toda Argelia. Me daba mucha curiosidad ver al árabe en ese momento, intentar comprender su alma, que no parecía inquietar demasiado a los colonizadores.

Flaubert dijo en alguna oportunidad: «Podemos hacernos una idea del desierto, de las pirámides, de la Esfinge, antes de haberlas visto; pero lo que no podemos imaginar en absoluto es la cabeza de un barbero turco en cuclillas delante de su puerta».

¿Acaso no sería aún más interesante saber qué pasa en el interior de esa cabeza?

El Mar

Marsella palpita bajo el alegre sol de un día de verano. Parece reír, con sus grandes cafés engalanados, sus caballos con sombrero de paja como si fueran disfrazados, su gente atareada y ruidosa. Parece algo achispada con ese acento que canta por las calles, ese acento que todo el mundo pronuncia como si fuera un desafío. En cualquier otra parte oír al marsellés divierte y parece una especie de extranjero chapurreando el francés; pero en Marsella todos los marseleses reunidos imprimen al acento una exageración que adquiere el aire de una farsa. Todo el mundo habla de ese modo ¡y es demasiado, demasiado! Marsella transpira al sol, como una hermosa joven un poco descuidada, pues huele a ajo, la pordiosera, y a mil otras cosas. Huele a las innumerables comidas que picotean los negros, los turcos, los griegos, los italianos, los malteses, los españoles, los ingleses, los corsos y los marseleses, acostados, sentados, hechos un ovillo o repantigados por los muelles.

En la dársena de la Joliette, los pesados paquebotes, con el morro girado hacia la entrada del puerto, calientan motores repletos de hombres que los llenan de paquetes y de mercancías.

De repente uno de ellos, el Abd-el-Kader, se pone a dar mugidos, pues el silbido ya no existe; ha sido reemplazado por una especie de grito de animal, una voz formidable que sale del vientre humeante del monstruo.

El inmenso buque deja su punto de amarre, pasa dulcemente en medio de sus hermanos aún inmóviles, sale del puerto y, bruscamente, cuando el capitán grita con su me-

gáfono, cuyo sonido desciende hasta las profundidades del barco, la orden: «En marcha», se lanza, arduosamente, y abre el mar dejando tras de sí una larga estela, mientras las costas desaparecen y Marsella se hunde en el horizonte.

Es la hora de cenar a bordo. Poca gente. En julio no se suele viajar a África. En un extremo de la mesa hay un coronel, un ingeniero, un médico, dos burgueses de Argel con sus mujeres.

Hablan del país al que se dirigen, de la administración que le convendría.

El coronel exige enérgicamente un gobierno militar, menciona tácticas en el desierto y declara que el telégrafo es inútil e incluso peligroso para los ejércitos. Este oficial de alto rango debió sufrir alguna contrariedad de guerra por culpa del telégrafo.

Al ingeniero le gustaría poner la colonia en manos de un inspector general de puentes y caminos que hiciera canales, presas, carreteras y mil otras cosas.

El capitán del navío da a entender, ingenioso, que un marinero sería mucho más adecuado para ocuparse de estos asuntos, puesto que Argelia sólo es abordable por mar.

Los dos burgueses señalan los errores groseros del gobernador; y cada cual ríe asombrado de que sea posible tanta torpeza.

Después vuelven a subir al puente. No hay nada más que el mar, el mar calmado, sin un solo estremecimiento, y dorado por la luna. El pesado buque parece deslizarse por encima, dejando tras de sí una larga estela de borbotones, donde el agua removida parece de fuego líquido.

El cielo se extiende por encima de nuestras cabezas, con un negro azulado, sembrado de astros que, por momentos, oculta la enorme bocanada de humo que vomita la chimenea; y el pequeño farol que hay arriba del mástil adquiere el aire de una gran estrella paseándose entre las otras. Sólo se oye el zumbido de la hélice en las profundi-

dades del buque. ¡Qué encantadoras son las horas tranquilas de la noche en el puente de una embarcación que huye!

Durante todo el día siguiente, nos dedicamos a pensar tendidos bajo la carpa, con el océano por todos lados. Después volvió a caer la noche y reapareció el día. Dormimos en la estrecha cabina, en la litera en forma de sarcófago. Me levanto, son las cuatro de la mañana.

¡Qué despertar! Una extensa costa y a lo lejos, en frente, una mancha blanca que aumenta: ¡Argel!

Argel

¡Magia inesperada que encanta el espíritu! Argel supera mis expectativas. ¡Qué bonita es, bajo el sol cegador, la ciudad de nieve! Una inmensa terraza bordea el puerto, sostenida por una elegante arcada. Por encima se alzan los grandes hoteles europeos y el barrio francés y, aún más arriba, escalonada, la ciudad árabe, en un amontonamiento de casitas blancas, extrañas, enredadas unas con otras, separadas por calles que parecen túneles con luz. El nivel superior se sostiene por una hilera de pilares pintados de blanco; los tejados se tocan. Hay pendientes bruscas en rincones habitados, escaleras misteriosas que conducen a viviendas que parecen madrigueras llenas de familias árabes bulliciosas. Pasa una mujer, grave y con velo, con los tobillos desnudos, poco turbadores, ennegrecidos por el polvo mezclado con el sudor.

Desde la punta del espigón la vista sobre la ciudad es maravillosa. Observamos, extasiados, la cascada brillante de casas que se abalanzan unas sobre otras desde lo alto de la montaña hasta el mar. Se diría que es la espuma de un torrente, espuma de una blancura tremenda; y, de vez en cuando, como un hervor en aumento, una mezquita resplandeciente bajo el sol.

Por todas partes hormiguea una población asombrosa. Innumerables mendigos, vestidos con una simple camisa, o con dos alfombras cosidas a modo de casulla, o con un saco viejo con agujeros para la cabeza y los brazos, las piernas y los pies siempre desnudos, van, vienen, se insultan,

se pelean, verminosos, harapientos, embadurnados de basura y apestando a animal.

Tartarín diría que huelen a «teur» (turco) y por aquí huele a teur en todas partes.

Además hay todo un mundo de críos de piel oscura, mezcla de bereber, de árabe, de negro y de blanco, un hormiguero de limpiabotas, molestos como moscas, audaces y saltarines, resabiados a los tres años, pícaros como los monos, que nos insultan en árabe y nos persiguen en francés con sus eternos «cié mosieu^[1]». Nos tutean y los tuteamos. Por lo demás, aquí todo el mundo se tutea. El cochero que paramos en la calle nos pregunta: «¿Dónde te llevaré». Señalo este uso a los cocheros parisinos que se exceden en familiaridad.

El mismo día de mi llegada vi un pequeño hecho sin importancia y que sin embargo resume más o menos la historia de Argelia y de la colonización.

Me encontraba sentado en la terraza de un café cuando un joven moruno se apropió, por la fuerza, de mis pies y se puso a embetunarme los zapatos con una energía furiosa. Después de haber frotado durante un cuarto de hora y de haber dejado el cuero de mis botines más brillante que un espejo, le di dos perras. Dijo «méci mosieu», pero no se levantó. Permaneció en cuclillas entre mis piernas, completamente inmóvil, moviendo los ojos como si estuviera enfermo. Le dije: «Vamos vete, morito». Él siguió sin responder, no rechistó, y luego, de pronto, agarrando a pulso su caja de betunes, huyó a toda prisa. Y entonces vi a un negro robusto de dieciséis años que salía de una puerta donde se había agazapado y se lanzaba sobre mi limpiabotas. En unos pocos brincos lo alcanzó, después lo golpeó, lo cacheó, le arrebató las dos perras, las metió en su bolsillo y se fue tranquilamente riendo, mientras el infeliz desvalijado gemía de un modo espantoso.

Yo estaba indignado. Mi vecino de mesa, un oficial de África, un amigo, me dijo: «Déjelo correr, así se establecen

las jerarquías. Mientras no son lo suficientemente fuertes como para quedarse con las perras de los otros limpian botas. Pero en cuanto se sienten en condiciones de saquear a los más pequeños, ya no hacen nada. Acechan a los limpia-botas y los desvalijan». Y después mi compañero añadió riendo: «Aquí casi todo el mundo funciona así».

El cuartel europeo de Argelia, hermoso de lejos, tiene de cerca un aspecto de ciudad nueva crecida en un clima que no le conviene nada. Al desembarcar, un largo estandarte atrae la mirada: «Skating-Rink argelino»; y desde los primeros pasos nos embarga, nos estorba, la sensación de que en este país el progreso se ha impuesto de un modo muy torpe, de que la civilización resulta brutal, mal adaptada a las costumbres, al cielo y a las gentes. Somos nosotros los que tenemos aspecto de bárbaros en medio de aquellos bárbaros, que son unos brutos, es cierto, pero a fin de cuentas están en sus casas y los siglos les han enseñado costumbres cuyo sentido todavía parecemos no haber comprendido.

Napoleón III dijo unas palabras sabias (tal vez se las sopló un ministro): «Lo que necesita Argelia no son conquistadores sino instructores». Pero nosotros seguimos siendo brutales conquistadores, torpes, orgullosos de nuestras ideas preconcebidas. Nuestras costumbres impuestas, nuestras casas parisinas, nuestras maneras caen de bruces contra el suelo como groseras faltas de arte, de sabiduría y de comprensión. Todo lo que hacemos parece un contrasentido, un desafío a este país, no sólo a sus primeros habitantes sino a la tierra misma.

Algunos días después de mi llegada vi un baile en plena calle en Mustafá. Era la fiesta de Neuilly. Había tiendas de alfajores, casetas de tiro, loterías, el juego de los cuchillos y las muñecas alineadas, sonámbulos, sirenas, y los dependientes bailando con las muchachas de las tiendas como una auténtica cuadrilla del Bullier^[2] mientras fuera del recinto al que entrábamos pagando, en la llanura amplia y are-

nosa del campo de maniobras, centenares de árabes echados, bajo la luna, inmóviles en sus andrajos blancos, escuchaban con gravedad los estribillos del jaleo que montaban los franceses.

La provincia de Orán

Entre Argel y Orán hay un día de tren. Se atraviesa primero la llanura de la Mitidja, fértil, umbría, poblada. Ésta es la región que se le enseña al recién llegado para demostrarle la fertilidad de nuestra colonia. Es cierto que la Mitidja y la Cabilia son dos países admirables. Pero actualmente la Cabilia tiene más habitantes por metro cuadrado que el Pas-de-Calais; la Mitidja estará igualmente poblada muy pronto. ¿Qué es lo que queremos colonizar en estos lugares? Ya volveré sobre este asunto.

El tren circula, avanza, las llanuras cultivadas desaparecen, la tierra se vuelve yerma y roja: es la verdadera tierra de África. El horizonte se ensancha, un horizonte estéril y ardiente. Seguimos por el inmenso valle de Chelif, encerrado entre montañas desoladas, grises y abrasadas, sin un árbol, sin una hierba. De vez en cuando la línea de los montes pierde altura, se entreabre como si quisiera mostrar mejor la horrible miseria del suelo devorado por el sol. Un espacio inmenso se extiende, perfectamente llano, limitado, a lo lejos, por la línea casi invisible de unas montañas envueltas en la bruma. Después, en las crestas desiguales, a veces, aparecen grandes puntos blancos, perfectamente redondos, como huevos enormes puestos allí por pájaros gigantes. Son morabitos^[3] construidos para la gloria de Alá.

En la llanura dorada, interminable, a veces se percibe un grupito de árboles, con hombres encaramados, europeos bronceados y altos, que observan pasar el convoy; y muy cerca hay pequeñas tiendas de campaña, parecidas a gran-